



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

JOAQUÍN DICENTA

El aficionado.

UN PEQUEÑO REPORTER

De la semana picaresca.

CLEMENTE DE CASTRO

La voz de la experiencia.

RAMON ASENSIO MAS

El recuerdo.

FÉLIX RECIO

Mis memorias de viejo casto.

JACINTO CARMIN

El precio del silencio.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

Un coleccionista.

FRANCISCO VILLAESPEA

Rimas.

FERNANDO AMADO

Un sabio doctor.

TOVAR, DEMETRIO y ALFONSO

Caricaturas varias y retratos de
Minerva y Olvido.



5 cénts.

MINERVA

Gentil artista, que bailando se mueve como una rotativa...



APRENDAN LAS MATRITENSES DE LAS DAMAS "CHICAGUENSES."

En *Chienšucio* (como dicen que dijo una dama en cierta reunión, pues lo de Chicago no le olía bien) las feas han celebrado un comicio, *meeting* ó como se quiera llamarle, que—por las trazas—debió de ser cosa buena: cual lo son cuantas nos vienen á Europa desde la América del Norte, que es el Estado más gracioso de la tierra.

Sobre tres mil ciudadanas, entre jóvenes y viejas (pero más de las segundas, tal vez, que de las primeras), cogieron á los sobrinos del *Oncle Sam* por su cuenta y dicen que los pusieron á todos cual digan dueñas, por preferir las mujeres que son guapas á las feas: cosa que ocurre en Europa lo mismo que en Norte-América.

Usaron, y aun abusaron, de la palabra trescientas (es decir, el diez por ciento; que es proporción bien modesta para lo que aquí se estila tocante á dar á la lengua, pues en España es difícil que al reunirse tres mil hembras no hablen las tres mil), y luego resumió la presidenta los discursos de una forma ruda, vibrante y enérgica.

Los cronistas aseguran que fué una oración maestra, genial, sublime, magnífica; tanto, que la presidenta (dama cuarentona, miope, juanetuda y esquelética) consiguió ponerse encima de todas sus compañeras.

El referido *esperpento* sostuvo que la belleza femenil es cosa frágil, caduca y perecedera; que muchas mujeres guapas lo son sólo en apariencia, pues la química y la moda, los menjerges y las telas, suelen hacer maravillas; que esos milagritos cuestan mucho dinero y trabajo, porque las que sólo piensan en agradar á los hombres y en pasar plaza de bellas, bien saben á qué suplicios

y torturas se condenan; que la culpa es de los tentos por desdeñar á las feas y hacer caso á las bonitas (perdone la presidenta, si me permito objetarle que más pelo tendrán ellas de tonto que los sobrinos del *Oncle Sam*); que las feas son más sencillas, humildes, caritativas, benéficas, obedientes, económicas, constantes, fieles, honestas, trabajadoras y limpias que las hermosas ó bellas: las cuales son (de ordinario) derrochadoras, coquetas, presumidas, holgazanas, insensibles, altaneras, inconstantes, egoístas, desobedientes y puercas; y acabó manifestando que, supuesto que las bellas son sus enemigas, deben declararlas una guerra sin cuartel, y sindicarse para la mutua defensa de todas las congregadas; fué idando un Club que debiera llevar por nombre el siguiente: "Club de las mujeres feas de Chicago y su distrito," para acordar la manera de convencer á los hombres de que es fugaz la belleza femenina y yo enseñaros que nosotras—sin ser bellas—podemos salir triunfantes, pues no olvidéis, compañeras, que la Vallière, ¡una cojal, fué para el Rey-Sol estrella que en el cielo de su corte brillaba más que la Reina...

Se aprobó unánimemente la referida propuesta; las socias *ovacionaron* á su digna presidenta, y el club quedó establecido y hasta se hizo una colecta para fundar un periódico semanal que las defienda, con el sugestivo nombre de *El Órgano de las Feas*.

Esto ha ocurrido en Chicago; conque ¡aprended!, madrileñas, y á no dormirse en las pajas, y á andar con el ojo alerta, y á no dar paz á la mano, y á mover mucho las lenguas, si no queréis que los hombres—cuando miren á una fea—digan para sus adentros: "¡Que el diablo cargue con ella!..."

Carlos Miranda.

EL AFICIONADO

DON Braulio Quiroga era, y seguirá siendo positivamente, el hombre más feliz del mundo. Rico, gordo, linfático, casado con una malagueña hermosísima, aficionado á los toros y tonto. ¿Qué mayor mina de felicidades?

Retirado del comercio donde hizo un modesto, pero seguro capital, del que sabía extraer intereses cuantiosos por el fácil y noble método de la usura, habitaba, juntamente con su graciosa cónyuge, un entresuelito situado en un barrio céntrico de Madrid.

Por las mañanas podía vérsese en su despacho, ocupando, frente á la mesa de escritorio, cómodo sillón de gutapercha, vestido el cuerpo por una bata de tela rameada, semejante á la de las colgaduras económicas que vendía en su juventud, cubierto el cráneo por un gorro de terciopelo gris y calzados entrambos juanetes (cada pie era un juanete) por zapatillas de paño obscuro.

Delante de aquella mesa pasábase don Braulio tres ó cuatro *horitas* revisando escrituras, recibiendo clientes, redactando pagarés, endosando letras... haciendo sudar á los necesitados de dinero su hacienda entera, á cambio de unos cuantos duros y de unos muchos pliegos de papel. Allí estaba desbalijando al prójimo, repasando con la vista el ciento de retratos que, con efigie y firma de toreros ilustres, tapizaban, mejor que adornaban, los muros, deteniéndola con orgullo en un amplísimo marco oval que servía de orla al busto emperifollado de dueño de la casa.

A las doce entraba don Braulio en el gabinetito donde zurcía ropa la sin par malagueña, hablaba con ella de todo menos de lo que, á una mujer guapa, joven, morena y levantina por añadidura, debe hablar un marido celoso de su porvenir conyugal; y cuando la doméstica gritaba desde la puerta del

comedor: "¡Señorito! ¡El almuerzo!", al comedor iba la pareja en busca del pienso cotidiano. No diré en qué consistía el almuerzo de don Braulio Quiroga; pero sí diré, aprovechando el acompañamiento de platos, de tenedores y cucharas, que Petra (la malagueña) tenía veintitrés años, los ojos muy negros, la boca muy encendida, blancos los dientes, abultado el pecho, menudo el talle y el habla ceceosa y gentil. Su marido sólo



—Señora, aunque viaje usted en tercera se le hará duro el asiento.

había conseguido meterle bien una cosa suya en el cuerpo: la afición á los toros; á tal punto lo hizo, que resultaba difícil averiguar quién sentía más afición por los toros y por las cosas de los toreros. ¿La mujer? ¿El marido? ¡Cualquiera lo sabe!

Terminado el almuerzo, se dirigía al café don Braulio, y una vez sentado junto al velador, con la taza delante, el puro en la boca y una reunión de aficionados y toreros en torno suyo, eran de ver el gozo y la satisfacción de su linfática persona.

Por nadie se cambiaba él, cuando, metiendo su cuarto á espadas entre los *catedráticos*, podía emitir opiniones acerca de este pase, de aquella estocada, del puyazo de X., del par de banderillas de N., del quite de L. y hablar tú por tú con las eminencias de la



—¡Ya entra! Voy á hacer como si perdiera el conocimiento... á ver si lo pierde él.

tauromaquia que honraban el españolísimo velador.

Entre aquellas eminencias, había una por quien don Braulio hallábase dispuesto á todo: Juan el Serrano; mozo *crúo*, matador de mérito, torero á la moda que (términos de don Braulio y de la esposa de don Braulio) "*s'apretaba bien y no se traía mateos ni jonjanas en la suerte suprema*„.

Juan era el ojito derecho de Quiroga; tan lo era, que éste, tan pacífico, anduvo un día en la plaza de toros á trastazo limpio *por mor*

de su ídolo; y que siendo un tacaño de primer orden, don Braulio regaló al matador una botonadura de brillantes.

Resumen: que Juan, por gratitud aumentada desde que conoció á la esposa del pres-tamista, se hizo el amigo íntimo de Quiroga y frecuentó su casa y almorzó con el matrimonio y comió con el matrimonio y llegó á ser otro don Braulio en aquel domicilio.

—"*Sa menester de cumplir con los güenos amigos*„—decía el torero cuando alguien le interpelaba á propósito de aquellas relaciones, cada vez más estrechas.

Y las relaciones continuaban con satisfacción grande de don Braulio y de su mujer.

Notábase algunas veces que Juan no asistía al café donde Quiroga se pasaba las horas del día y de la noche; notábase que la malagueña no faltaba á función de toros en que el Serrano torease; notábanse otras muchas cosas, y no faltó quien pusiera más de un puyazo *en todo lo alto* al ferviente admirador del torero andaluz.

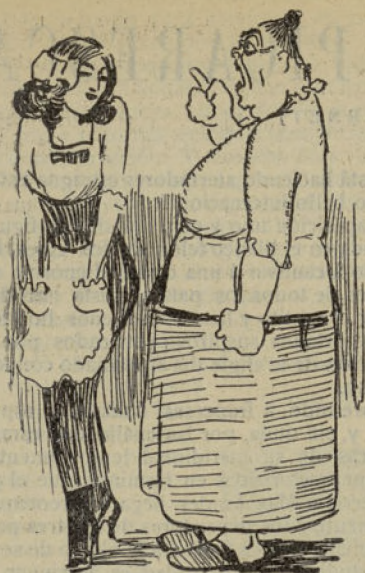
Pero don Braulio no conocía otros puyazos que los ortodoxos, los dados en el redondel; y ufano con la amistad del arrogante espada, seguía haciendo su vida usual, desollando clientes por la mañana, hablando de toros por tarde y noche y durmiendo sus ocho horas de costumbre, con sueño tan profundo, que no le hubiesen despertado los gritos más fuertes, ni siquiera los gritos del honor, que, según dicen, son los más chillones, porque casi siempre se dirigen á sordos.

Cierto día—corrida de Beneficencia se celebraba el tal—mató el Serrano un toro grande, con dos cuernos de á vara y unas intenciones del diablo; lo mató, y estuvo tan inteligente en el trasteo, tan bravo al entrar en la suerte y tan acertado en la estocada, que la plaza entera se vino abajo y el redondel se convirtió en una súcursal de la Tabacalera.

La esposa de Quiroga mostrábase loca de entusiasmo; Quiroga lo mismo, y cuando Juan se acercó á las barreras donde aplaudía el matrimonio, Petra le dijo:

—Juan, un favor.

—Diga *osté*, *zeñora*.



—¡Como repitas eso de *magreo*, te corto la lengua!

—Quiero la *cabesa der toro*.

—La tendrá *osté*; *pa osté* será *man* que venga el rey á *peirla*.

—¡Gracias, gracias, Juan!—gritó don Braulio con verdadero frenesí.—¡Eres un hombre!

—Completo—afirmó la andaluza.

Llegó la cabeza á casa de don Braulio. Aún separada del tronco, parecía viva, é imponía admiración con su par de formidables cuernos.

—¿Dónde ponerla? ¿Qué sitio digno de ella puedo yo encontrar?—gritaba Braulio monologuando, porque su esposa había salido, como de costumbre, á hacer unas compras.

—¿Dónde la pongo?

Y reconocía con la vista todas las paredes, sin encontrar aposento digno del cornudo trofeo.

De pronto sus ojos se detuvieron en el marco oval que orlaba su busto.—¡Oh!—gritó.—¡Y yo había dudado!... ¡Ese marco] está he-

cho que ni de molde para esta cabeza! Le vendrá justo.

Y sin vacilaciones, con heroísmo digno de su noble afición, sacó del marco la fotografía y puso en el hueco que su cabeza dejó libre, la cabeza del toro.

—¿Qué te parece?—exclamó, encarándose con su esposa, que entraba en el despacho á poco de concluída la obra.—¿Qué te parece?—¿He tenido acierto para buscarle sitio—

—Ya lo creo—respondió la gentil mala-gueña.—No podías haber buscado otro mejor.

Joaquín Dicenta.



—... Y lo que ella me dijo: «No tengas celos de mis amigas, tontín. Por mucho que me quieran, nunca me satisfará su cariño tanto como el tuyo.»

—¿Está segura?

—Segurísima. Los hombres llegan más al alma.

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

EL HOMBRE DE LA SUERTE LISA



STÁ fuera de toda investigación histórica y científica el hecho indudable de que *la donna é movile*, como canta el tenor de *Rigoletto*, que traducido libremente y sin gorgoritos, bien puede decir que la mujer es movible, cosa muy natural y ló-



—¡Ay, Carlota! ¡Quién fuera esa barrita de carmin!

—Le advierto á usted que no me pintó con ella nada más que los labios..., la boca, vamos...

gica, porque tal debe ser su misión social en este pícaro valle de lágrimas.

A probarlo viene el caso de Max Linder, ese pantomimista de cintas cinematográficas

que está haciendo aterradores estragos entre el sexo bello internacional.

La aparición uno y otro día de su figura reflejada en el blanco telón de los cines, ha llegado á cautivar á una cantidad enorme de mujeres de todos los países, hasta hacerles perder el apetito y lanzar en sueños hondos y entrecortados suspiros provocados por la evocación de la efigie del afortunado cómico parísino.

Sobre todo, á francesas, italianas y españolas, y, sin duda, por las cualidades características de su meridional temperamento, las tiene trastornadas en términos que el ya celeberrimo Max Linder llega á preocupar seriamente á los pensadores de los tres países, quienes vienen haciéndola objeto de sendos estudios, cuya finalidad es averiguar la causa de tal fenómeno.

¿Qué las dará para atortolarlas? Tal es la pregunta que en resumen de observaciones vienen á formular todos ellos.

Yo creo que en realidad no les da nada, y éste quizá sea el principal estímulo para tan grande éxito personal. Y creo más; creo que si fuera posible que pudieran darlos, ese misterioso encanto se desvanecería como el recuerdo de un engañoso ensueño.

Más es lo cierto que en lo que á España se refiere, la popularidad entre el elemento femenino del hombre de las cintas cinematográficas, es verdaderamente inmensa.

No hay soltera en estado de merecer, ni casada, en plenitud de estado, ni viuda apetitosa, que no le tenga grabado en su pensamiento y en su corazón. Unas, á sus novios, las otras, á sus maridos, y las restantes, á sus cortejadores más ó menos interinos, todas les arrastran para que las lleven á los *Cine-mas* donde se exhiben películas en que Max Linder aparece, bien siendo el personaje principal de tramas serias ó ya el protagonista de bufas pantomimas, pero siempre resultando que es el que se lleva de calle á las mujeres, sea cualquiera su edad y condiciones, y cuando la película ha terminado, les dicen con voz entrecortada por la emoción:

—¡Qué hombre! ¡Qué simpático es! ¡Qué gracia tiene! ¡Qué interesante resulta!

Un empresario vivo de Barcelona ha visto en esta explosión de entusiasmos mujeril un bonito negocio, y se ha apresurado á ir á París y contratar al hombre de la suerte lisa,

y se lo ha traído para servírselo en carne y hueso á los espectadores de su teatro.

El éxito ha sido tan grande que todas las noches hay conflictos de orden público para adquirir localidades, atiborrándose la sala de señoras y señoritas enloquecidas por la sensacional atracción. Y cuando Max Linder sale á escena, previo un general murmullo de emoción intensa, centenares de coquetones impertinentes y gemelos caen sobre él, persiguiendo todos sus gestos y movimientos y escudriñando á bulto, naturalmente, todas las partes de su cuerpo.

Y cuentan aviesos é indiscretos cronistas de la Ciudad Condal que Max Linder recibe todos los días infinidad de incendiarias y perfumadas misivas, capaces de ruborizar á la propia estatua de Cristóbal Colón, dándole amorosas citas y anticipándole sugestivas combinaciones. Alguno llega á asegurar que cuando sale ó entra en la fonda en que se hospeda ó en el teatro en que actúa, forman cordón agentes de la autoridad que le protegen contra el enardecimiento de las más exaltadas que en su paroxismo pretenden raptarlo á viva fuerza.

El caso de Barcelona ha contagiado á Madrid, y ya hay otro empresario listo que, tan pronto termine sus compromisos en aquella capital, se lo colocará á las madrileñas, que lo están deseando por momentos.

No me explico ese fervor. Yo he observado en las películas la figura del ídolo y, aunque afortunadamente, y en buena hora lo diga, no entiendo de bellezas

masculinas, me permito opinar que, aparte de lo del chaquet con que eternamente se presenta, no es para tanto.

Cualquiera de nuestros conquistadores, con ó sin chaquet, es mucho *max linder* ó más lindo, traducido al castellano. Y conste que no hago caso de las insidias envidiosas de algunos reporters que afirman, para desencanto de sí mismas exaltadas admiradoras, que el amor de Max Linder no pasa más allá de las cintas cinematográficas en que aparece.

Porque si así fuese, sería cosa de recordarlas ó referirlas, si alguna no lo conociese, el célebre cuento de la pipa cuadrada.

Aquel marido que habiendo llegado á sus noticias que un fanfarrón presumió ante su mujer de tener una pipa cuadrada, obligó á su esposa á dar una cita al petulante fumador, que se quedó acoquinado al verse descubierto por el esposo, el cual exclamó, dirigiéndose á ella y señalándole el objeto motivo de la baladronada:

—¿Lo ves? ¡Redonda como la mía... y mucho más pequeña!

Un pequeño reporter.



Lea usted el jueves

**El caso
del doctor
Iturbe**

Novela por

**Rafael López
de Haro.**

NUESTRAS AMIGAS



OLVIDO

«Olvido», porque se llama así. Que al entrar el invierno, como mujer de abrigo, no hay más remedio que recordarla...

LA VOZ DE LA EXPERIENCIA

ZRES casas más arriba de la que yo habitaba en Biarritz días pasados, vivía una viuda francesa de unos treinta años de edad, á juzgar por las exuberantes apariencias que tuve el honor de contemplar varias veces.

Era la viuda muy hermosa mujer, de arro-



Ella.—Paquito, no te pongas tonto, que ya no me quitas el sueño.

El.—Pero no podrás negar que te lo he quitado.

gante porte y espléndidas formas, y había en su mirada un dejo lánguido que olía á nostalgia y á resignación. Vivía sola con una criada vieja y sabíase en todo el barrio que poseía rentas cuantiosas.

No por las rentas, que siempre fui desinteresado y generoso, sino por la nostalgia y resignación arriba citadas entróme en deseo

averiguar la vida íntima de esta señora por muchos conceptos respetable, y como no me gusta concebir un proyecto y dejarlo en germen, dediquéme á realizarlo apenas lo pensé.

Varias monedas de plata que deslicé discretamente en la mano de la criada, y un pañuelo de su señora que la Providencia sin duda hizo que se le cayera delante del portal al tiempo de pasar yo por allí, fueron suficientes para dar el primer paso en la senda de mis pesquisas.

Llevé el pañuelo á la viuda y la noble señora mostróse tan agradecida á mi caballerosidad, que me invitó á tomar café, y á continuación del café me contó varios detalles de su vida sin interés alguno... Que se casó muy joven; que su marido era más viejo que ella; que no sabía lo que era amar á un hombre, etc., etc.

Lo que más impresión hizo en mi corazón casi virginal fué lo de que no sabía lo que era amor.

—¡Qué ocasión—pensé—para iniciar á esta mujer en los misterios de una pasión volcánica!

Y resolví en seguida enamorarla.

Sabido es que soy bastante firme en mis propósitos, y cuando formo uno no me doy descanso hasta que lo consigo.

Los primeros trabajos, de zapa naturalmente, no, pero los segundos, ya dieron algún resultado; más á la descubierta, empecé la viuda á sonreír inocentemente, á bajar la vista con un pudor indescriptible y dejar caer una mano entre las mías también con bas ante pudor.

Electricéme al contacto de aquella piel tentadora, y le describí de golpe y porrazo todo cuanto acontecía en lo más recóndito de mi ser.

La viuda se sonrojó, y me dijo á media voz:

—Jamás supé lo que era amar á un hombre... No abuse usted de mí ahora que empiezo á saberlo.

Contesté que mi pretensión no era abusar, sino sencillamente usar de la magnífica situación en que aquella declaración me ponía, y la viuda replicóme con un solo suspiro digno de anotarse en mármoles y en bronce y de ser el pasmo de todas las viudas venideras.

Al día siguiente volví al ataque con nuevos ímpetus. Lucrecia me recibió vestida muy

poéticamente, con varias cosas al aire y entre esas cosas una garganta admirablemente modelada que me hizo perder y recobrar el color sucesivamente antes de que mi labio, tembloroso y torpe, pudiera formular ninguna frase de admiración.

Cuando, por fin, hablé, reiterando mis súplicas y haciendo de mi pasión un brillante panegírico, la dulce viuda recostó su cabecita en mi hombro derecho y prometióme todo lo prometible á cambio de un poco de paciencia.

Me extrañó mucho esto de pedirme paciencia en tan crítica situación de ánimo, y no por mí, sino por ella, pero accedí á sus deseos para no pecar de impaciente.

Me hacía la reflexión y estaba en la creencia de que aquella conquista estaba ya consumada, y satisfecha mi vanidad, porque tengo también mis ribetes de vanidoso, me encontraba muy lejos de desesperarme.

Además, como el hambre que espera hartura no es hambre, en su casa dejé á la viuda tras de despedirme de ella cariñosamente, y yo me encaminé á dar un paseo, con ánimo de no cansarme mucho.

Pasó otro día, volví á ver á la viuda y halléla sobreexcitada, intranquila y terriblemente enamorada. Apenas nos quedamos solos, me recibió con tal brío, que á poco más succumbo sobre su cálido regazo.

Juro á ustedes que creí llegada la hora de cumplir todas las promesas y que correspondí á mi vez á Lucrecia con un apasionamiento muy parecido al suyo; pero ¡ay! cuando las puertas del paraíso se abrían ante mí y la preciosa viuda iba abandonándose á mis consejos, rebosante de amor, operóse en ella una reacción brusca que contuvo mis naturales arrebatos, y me dijo con indulgente tono:

—Un poquito más de paciencia, amor mío...

—¿Por qué? —preguntéle sumamente admirado.

—Porque el amor, en el hombre, necesita ser reprimido tres veces consecutivas para que explote con fuerza. La experiencia me ha hecho desconfiar de las explosiones prematuras y me aconsejó huir en lo posible de ellas.

Di un salto sobre el sofá y salí de la estancia sin acordarme siquiera de coger el sombrero.

Desde este día huyo de todas las viudas en general, y en particular de aquellas en cuyas miradas se advierte un dejo de nostalgia. Son muy peligrosas.

Clemente de Castro

EL RECUERDO

—Señor cura, la adoro locamente; no consigo olvidar un solo instante su levantado seno palpitante

PREPARATIVOS DE BODA



El novio.—Oye, nenita, voy á comprar los muebles. ¿Por cuál empiezo?

Ella.—... Por la cama.

ni su encendida boca sonriente.
Cansado de luchar inútilmente
y sin tener resignación bastante,
pídole á Dios, lloroso y suplicante,
que me quite la vida de repente.
¡Yo no quiero vivir!

—¡Oh, qué locura!

¿Tú sabes lo que dices, criatura?
Pedir que Dios te mate, ¡qué herejía!
¡Huye de esa infernal mujer impura!
¡Piensa en Dios!...

—¡Imposible, padre cura!...

¡No pienso más que en ella noche y día!

Ramón Asensio Más.

MIS MEMORIAS DE VIEJO CASTO

UNA TRAICIÓN PASADA...

HA sido la vergüenza mayor que he pasado en los días de mi vida. Pero juro á Dios que no fué mía la culpa, sino de aquel pícaro compañero de penas y fatigas, de expansiones y de calaveradas que en la primavera de nuestra juventud era lo que se llama



—¡Que no descuides el puchero, que le echas un ojo!

—Bueno, madre; por echarle el ojo no quedará.

“una bala perdida”, y hoy, en que canas y alifafes, amargo tributo de los años, se apoderaron de él, desempeña muy formalmente una Notaría en un pueblo importante de Valencia...

Pero no divaguemos: la cosa fué que nos tropezamos un día con dos muchachas monísimas; una de esas casualidades que no se presentan más que en la juventud, cuando un poderoso imén junta á los que empiezan á vivir con ansias de amor y con ímpetus de alegría.

Nos entendimos los cuatro apenas empezamos á hablar; era el mismo idioma el que hablábamos: el del buen humor y el de la despreocupación.

Ellas eran... jóvenes nada más: lo mismo podían ser modistas que chicas del coro, hijas de familia ó “personas independientes”. Nosotros éramos lo mismo: jóvenes también, y para ellas podíamos resultar igualmente dos artistas, dos estudiantes ó dos *bon vivants*.

El hecho fué que simpatizamos y que durante una hora dimos cien vueltas y acabamos en el Retiro, por una de cuyas alamedas más apartadas paseamos en una dulce intimidad que, aunque improvisada, nadie lo hubiera creído así *á la simple vista*.

Aquello tenía que acabar “de alguna manera”; pero á mí no se me ocurría cómo, porque tanteaba mi bolsillo, donde habría escasamente unos treinta céntimos, y me constaba que en el bolsillo de mi amigo había menos aún.

Por eso mi asombro fué grande cuando le oí decir:

— Bueno; hay que cenar esta noche juntos

Ellas no pusieron inconveniente, y, andando, andando, dimos con nuestros cuerpos nada menos que en un café de la Plaza del Progreso.

Y allí mismo entramos y allí mismo cenamos y allí mismo nos dieron las diez de la noche, después de haber consumido entre cena y licores más de diez pesetas seguramente: una cantidad fabulosa que yo no sé de dónde habíamos de sacar.

De pronto, al otro se le ocurrió decir:

—Ahora nos vamos á los Jardines á oír la ópera, y luego... ¡Dios dirá!

—¡Eso, eso!—añadieron ellas.

—Pero antes vamos éste y yo en un coche á la Redacción, nos disculpamos de no ir á trabajar y venimos por vosotras.

Ni había tal Redacción ni tal coche ni Cristo que lo fundó. Cuando nos vimos en la calle pregunté á mi amigo:

—¿Es que vamos por dinero á algún sitio?

—¡Ca, hombre! Ya se arreglarán ellas con el camarero. Y... ¡hasta la fecha!

Durante veinte años no he pasado ni una sola vez por aquel café: se me figuraba que habían de estar allí todavía las dos muchachas ¡esperándonos!

Hace una semana he ido, guiado por una fuerza irresistible y me he sentado en la misma mesa, viniendo á servirme un camarero viejo, que á mí se me figuró el de entonces...

Procuré con habilidad "sacarle", lo que ocurrió como término de nuestra *hazaña*, y he aquí lo que me dijo:

—Pues aquello acabó en que... el encargado del mostrador y un servidor de usted tenemos ya media docena de chiquillos cada uno y no nos quejamos. Son dos buenas esposas.

¡Menos mal! Si tú, viejo notario, lees LA HOJA DE PARRA, que, como perfecto pendón de otros tiempos lo harás seguramente, aquí tienes el destino que cupo en suerte á tu familia...

Félix Recio

LA LETANIA DEL AMOR

El verdadero nombre del amor es éste: recomencómos. Las caricias recomiezan, y lo mismo les sucede á los gestos, á los arrebatos, á la postración final, deliciosas y ensañadora.

El niño recita todas las mañanas y todas las tardes en el colegio su oración obligada, y el amante repite á todas las horas su oración de caricias y dulces frases...

No habría otro catecismo más triste que el que se escribiera con la letanía del amor. Para el hombre los "alma mía", los "te ado-

ro", los "tú eres mi vida", los "jamás te olvidaré", los "tuyo hasta la muerte"; y para la mujer, los "basta", los "eres un atrevido", los "ámame mucho", los "tuya siempre", etcétera, etc.

El reloj del infierno dice continuamente á los condenados: "Siempre; jamás. Siempre; amás."

El reloj del amor le imita repitiendo las mismas palabras, terribles y enloquecedoras.



—Manolito, ¿á que no sabe usted la última noticia de la playa?

—¿Cuál?

—Pues que el marqués ha perdido toda su fortuna á los caballitos... y ayer se jugó á su querida... y también la perdió.

—¡Ah!... ¡Pero si la tenía perdida hace tiempo!

EL PRECIO DEL SILENCIO



En cierto café situado en una de las principales calles del distrito de la Universidad de esta corte, hay, desde tiempos inmemoriales, una tertulia formada por don Estanislao, comerciante retirado, hombre cincuentón, alegre y mundano; una amiga

Trabajillo me costó descubrir el callado sortilegio en virtud del cual, aquellas cuatro personas, tan desemejantes por su edad, profesión y carácter, coexisten juntas casi todas las noches, alejadas del bullicio, que acorta en los cafés céntricos la duración de las horas, aferrándose al mármol rectangular de aquella mesa como los moluscos se pegan á las rocas. Pero, al fin, ¡todo lo he sabido!...

Una tarde, volviendo de los toros, don Estanislao, Joaquín y Eduardo Barrios, como pudieron discutir los volapiés de Paco Madrid ó los méritos del amigo Celita, les dió por analizar la virtud de las mujeres.

En este punto don Estanislao es completamente optimista; á juicio suyo, todas son virtuosas; Eduardo y Joaquín, por el contrario, aseguraban que la castidad es fruta rara y que las mismas Lucrecia y Susana, de haber topado con el ex "terrible" Cristóbal de Castro, cuando lo era en sus, ¡ay!, pasados buenos tiempos, acaso no hubieran pecado de esquivas.

—Pues, yo respondo—contestó don Estanislao—; de que mi Gregoria (léase Cibeles) es refractaria á las mayores seducciones. Y como en este asunto no me duelen prendas, desde ahora os autorizo para que comprobéis por vosotros mismos la certidumbre de mi afirmación.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Y si uno de nosotros ganásemos la apuesta?

A pregunta tan insidiosa, don Estanislao respondió con una sonrisita mordaz de soberano desprecio y desafío que equivalía á decir:—“Al hijo de mala hembra que llegase á burlarme, le partía el corazón...”

Eduardo Barrios, sin embargo, presumía que Gregoria no le miraba con ojos airados, y aquella presunción le animaba á intentar la aventura: Joaquín por su parte, creía otro tanto.

A la mañana siguiente Gregoria recibió una carta que, frase más ó menos, decía:

“Hoy martes, á las cuatro de la tarde, espero á usted en el café de San Isidro. La quiero á usted y no puedo ocultar más tiempo mi cariño. El hecho es éste, y ni yo soy responsable de adorarla, pues en esta adoración mi voluntad no interviene, ni usted lo es de haber nacido tan discreta y tan hermosa...”

Firmaba estos renglones Eduardo Barrios. Pocos días después, la espléndida jamona,



—Anda, que te vas á acordar de cuando eras chaval.

suya, á quien los camareros y concurrentes más asiduos al establecimiento llaman Cibeles porque es alta y gruesa, y aun merecía, por su belleza reposada y triunfante, hallarse coronada de torres como la diosa que autoriza la plaza de Castelar, y otros individuos más jóvenes con quienes don Estanislao y su cóima han simpatizado mucho; uno de ellos, Joaquín, es periodista y amigo mío; el otro, Eduardo Barrios, estudia Derecho.

recibió la declaración de Joaquín, que también escribía disculpando su atrevimiento bajo taimados eufemismos, y citándola para la tarde siguiente, á las seis, en el café de Castilla.

Desde aquel momento, las miradas y sonrisitas que siempre hubo entre la Cibeles y sus dos amadores, cesaron como por ensalmo. Transcurrieron dos semanas, tres... y ¡nada!

Una noche, hallándose solos y de sobremesa, Joaquín preguntó á Barrios:

—¿Y Gregoria? ¿Qué hay de aquello?

El interpelado se encogió de hombros. Luego, con aire misterioso y modesto, repuso:

—¿Prometes guardarme el secreto?

—Sí.

—Nada.

Joaquín rompió á reír.

—Yo también —dijo— la declaré mi amor... y salí con las manos en la cabeza.

Los dos hipócritas prosiguieron hablando, reconociendo que Gregoria es una mujer excepcional. Lo que ellos ignoran es que la Cibeles, menos fiel á sus amores que Artemisa, acudió á la cita del café de San Isidro, y después á la del café de Castilla. De este modo, amén de dar gozo á su imaginación caprichosa, compró el silencio de sus nuevos amantes, que, á no haber triunfado, hubiesen puesto al objeto de su amor como digan dueñas. Los hombres las gastan así.

Entre tanto, bajo su calva reluciente, don Estanislao sigue creyendo con Lamartine en la pureza columbina del sexo bello y, con Leibnitz, que habitamos el mejor y más pacífico de los mundos...

Jacinto Carmin.



UN COLECCIONISTA

DON Bruno de las Salillas, oficial cuarto de la Intervención de Hacienda, era un honrado padre de familia, muy amante de sus hijos y de su mujer, una jamona robusta y corpulenta, oriunda de Galicia y criada en Aragón, capaz todavía de hacer la felicidad de cualquier aficionado al bello sexo.

Según contaba doña Teresa, la viuda de otro oficial de Hacienda, doña Paquita, que

así se llamaba la cara mitad de D. Bruno, no era tan fiel á su marido como la Epístola de San Pablo previene. Añadía la viuda (pues yo en estos chismes ni entro ni salgo), que cuando ambas vivían en la misma casa, pudo observar que apenas salía el esposo á cumplir



La señora.—¡Pero, hombre! Ya te decía yo que no sería todo para mí.

sus deberes oficinescos, penetraba en el piso un fornido sargento de la benemérita Guardia civil, que se pasaba horas enteras conversando con la oficiala de Hacienda.

Las horas en que D. Bruno no tenía obligación de hallarse en la oficina, las dedicaba á su afición favorita: la fotografía. Los domingos recorría, con su veráscope en la

mano, calles y plazas, buscando un asunto que reproducir en sus placas, para luego exhibirlo á sus amigos y conocidos en el estereoscopio. Esta sí que era una monomaniá.

Llegó el domingo de Pascua de Resurrección, y D. Bruno preparó dos secciones de estereoscopio. Por la noche vinieron á disfrutar de aquel espectáculo honesto y casero unas cuantas amigas de doña Paquita, media docena de niñas y los chicos de la casa, en-



—Todos los hombres tenemos nuestra historia.

—Sí; pero mi marido la tiene muy larga y muy negra.

tre los cuales se distinguía por su charla Pepetín, gracioso niño de seis años, el cual era el preferido de sus papás y hasta de los contertulios.

Don Bruno iba explicando lo que representaba cada placa. Recordaba á esos industriales de los *titirimundis* que ya se van agotando y que tanto gusto daban á la generación infantil del último tercio del siglo XIX.

—Esta vista—decía don Bruno—representa la feria de San Miguel en Sevilla.—Y pasaba el aparato de mano en mano.—Ahora verán—exclamaba—el pateón de los Reyes de León.

De pronto puso al trasluz una nueva placa, y después de mirarla y remirla, dijo:

—Esta vista es nueva. La hice hace pocos días. Representa la Guardia civil atacando á los huelguistas que daban voces en la Plaza. ¡Fíjense ustedes! ¡Por obtenerla me expuse á un culatazo!

Y pasó el estereoscopio de mano en mano hasta llegar á Pepitín.

—¡Ay, lo que estoy viendo! ¡Ay, lo que estoy viendo!

—¿Qué ves, hijo mio?—exclamó don Bruno.

—Pues ese guardia civil que va á caballo es el que viene á casa cuando tú sales y le da besos á mamá.

Narciso Diaz de Escovar.



R I M A S

De la vida en las locas bacanales,
de alegres entusiasmos hice gala,
y hoy mi tristeza en lúgubres se iguala
á estas brumosas tardes invernales.

Ya ni me cuido de mis propios males;
y hasta ese llanto que tu a nor exhala
por mi insensible corazón resbala
lo mismo que la lluvia en tus cristales.

Al mirarme tan sólo, tristemente,
de hinojos grito con el alma entera,
al ver que me abandonan en la lucha,

á la Esperanza que se va: ¡Detente!
y al Entusiasmo que se aleja: ¡Espera!
¡Pero ninguno de los dos me escucha!

Francisco Villaespesa.

EL SABIO DOCTOR...

REFIEREN que un anciano médico alemán, Mr. Fernando G., á quien la histología y la obstetricia modernas son deudoras de grandes inventos, cometió la imperdonable ligereza de casarse, hace poco más de dos años, con una preciosa francesita, Mlle. Luisa, por quien el pobre sabio llegó á concebir una de esas pasiones seniles capaces de arremeter contra todos los peligros y de bravar contra todos los obstáculos.

Durante los primeros tiempos nada vino á mermar la dulce miel de aquella luna de amor. Luisa, en efecto, era una mujer prodigiosa: alta, elegante, pelirroja, con grandes ojos negros y talle largo y flexible de las mujeres sensuales; y además, muy graciosa, muy parladora, llena de ingenio sutil y travieso... Considerán dose dueño de aquel pasmoso dechado de femeniles perfecciones, el viejo médico se volvía todo babas.

Al fin ocurrió lo que el pamplinoso espíritu del diablo quiso.

Una noche, Mr. Fernando G. regresó á su domicilio antes de la hora acostumbrada, y entró en la alcoba; Luisa parecía dormir profundamente. El anciano empezó á desnudarse poco á poco, andando de puntillas sobre la alfombra para no hacer ruido, y cuando ya se disponía á ensabanarse con la fruición del justo que cree haber cumplido concienzudamente todas sus obligaciones, le pareció oír algo así como un suspiro en la habitación inmediata. G. permaneció perplejo algunos momentos; luego, seguro de no haberse equivocado, encendió una bujía y salió del dormitorio. Al pronto, no vió nada; en aquel cuarto, que á la sazón servía de laboratorio, todo estaba conforme él lo dejó: los frascos en los estantes, el microscopio sobre la mesa. En un ángulo aparecía un armario, dentro

del cual el anciano médico guardaba dos esqueletos; las cortinas del armario parecían estremecerse ligeramente... Mr. Fernando, con el valor frío del hombre acostumbrado á bregar con los muertos, se acercó al armario y lo abrió. Después retrocedió procurando sofocar un grito. Allí había un hombre; un joven guapo y bien vestido, á quien no conocía. Instantáneamente Mr. G. tuvo el presentimiento de su desgracia. Aquel intruso no era un ladrón; era un amante... Fué



—... Es que mi mujer es una fiera. Figúrate que ma dicho que me va á pegar una hostia.

—Pues yo creía que te la había pegao hace tiempo.

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

EL CASO DEL DOCTOR ITURBE

por **Rafael López de Haro**

20 CÉNTIMOS

una escena muda, de una elocuencia y de una intensidad dramática extraordinarias. Poco á poco, haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, el anciano murmuró extendiendo el brazo y señalando á la puerta con un gesto reposado y digno de emperador romano:

—Evitemos el escándalo. Caballero, salga usted...

Y no pasó más.

Nadie puede medir los crueles sufrimientos que empezaron á moder el corazón del noble sabio desde que á la casualidad le plugo revelar le sin ambages, con la fuerza brutal de lo evidente, la inmensidad de su infortunio. A los viejos, como á los niños, la desgracia les rinde y abruma. G., que durante más de medio siglo había vivido solo, ajeno á los placeres, y que de pronto se casó cediendo á los impulsos de una pasión que veía en Luisa el imán de todos sus deseos y el abreviado resumen de todas las perfecciones, al convencerse de su abandono debió de sentir una desesperación infinita. G., que tuvo bríos para amar, no tuvo valor para vengarse; entonces, probablemente, quiso distraerse reanudando sus investigaciones histológicas y obstétricas con mayor ahinco, pero la pasión de la gloria había muerto en él y los libros ya no le divertían. ¿Para qué luchar, si sobre el prestigio sin mancha de su nombre acababa de caer una mancha imborrable?

El pobre anciano permaneció algunos meses en esta situación; de pronto, cuando ya no pudo resistir más, se divorció amistosamente de su mujer y salió de Berlín con rumbo desconocido, y los periódicos, como nada sabían aún, dijeron que el Dr. G., por motivos de salud, se veía obligado á interrumpir sus trabajos para buscar en la serena vida de provincias algún reposo.

Hace pocos días, hallándose Mr. Fernando en una casita de los alrededores de... fueron á decirle que una señora recién llegada de Berlín, reclamaba sus auxilios; se trataba de un parto que se ofrecía en circunstancias muy difíciles, y el médico del pueblo, que desde los primeros momentos estuvo al lado de la enferma, no sabía cómo componerse. G. acudió inmediatamente á donde su obligación y sus caritativos sentimientos le llevaban, y... el lector ya habrá comprendido lo demás; la parturienta era Luisa... Los dos esposos se miraron tranquilamente, cual si no se conociesen.

—Como usted ve—dijo el médico de cabecera—la criatura se presenta muy mal.

—Sí, en efecto... se presenta muy mal...

—Y no tenemos momento que perder.

—Dice usted bien; estos segundos son decisivos...

Hablaba despacio y en voz baja, como distraído. Repentinamente la idea del crimen debió de pasar por su espíritu en siniestro zig-zag. Había llegado el momento feliz de vengarse de Luisa, asesinando aquel hijo

fruto del adulterio; era un asesinato facilísimo, puesto que la gravedad del caso, la prontitud con que era necesario operar y la ignorancia del médico de cabecera, eran circunstancias que aseguraban la impunidad de todos. Fernando G. tuvo algunos segundos espantosos de vacilación: Luisa, aterrorizada, le miraba con los ojos inmóviles, leyendo en su alma...

De repente, el espíritu del médico, del hombre acostumbrado á luchar durante cuarenta años con la muerte, ahogó los vengativos arrebatos del esposo ultrajado, y el heroico anciano gritó:

—¡Vengan los fórceps!...

La operación fué larga, pero sus resultados no pudieron ser más satisfactorios. Luego, mientras el recién nacido lloraba, entonando con aquel lloro una especie de himno ó de salutación á la Vida, Fernando G. cruzado de brazos, miraba á la madre...

¡Lástima que ahora los periódicos berlineses, narrando esta cura casi milagrosa, hayan expuesto á los saetazos de los murmuradores el honor de un gran hombre!...

Fernando Amado.

París, 22 Septiembre.

Buena gente

Por faltar á los compromisos que tenían adquiridos con la Empresa de LA HOJA DE PARRA, y no pagar, se ha suspendido el envío de paquetes á los corresponsales siguientes:

Hellín: Cristóbal Molina.

Hellín: Cristóbal Terol.

(... Y ya son tres frescos los que nos han "cogido", en Hellín. ¡Vaya un pueblecito!)

Minas de Riotinto: Gumersindo G. Millares (millares de ejemplares que nos queda debiendo).

Albacete: Alonso Alfaro Castillo (¡excelente sujeto, hombre!)

Badajoz: José Porras (¡porras, porras!, que decimos nosotros).

Recomendamos á la memoria de las demás Empresas periodísticas y editoriales á estas distinguidas personas.

**NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
APARTADO 547**

EST. TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL